
Revista de Aragón

SUMARIO.—*El vicio de censurar*, por el **Dr. Brayer**, pág. 257.—*La filosofía en el siglo XIX* (continuación), por el **Dr. Grafilinks**, pág. 262.—*El verdadero final de un cuento*, por **D. Leandro Mariscal**, pág. 266.—*La reforma de los estudios históricos en nuestra enseñanza universitaria*, por **D. Eduardo Ibarra**, pág. 269.—*Cuentos infantiles* (XVI), por **Z**, pág. 274.—*La próxima epidemia de viruela en Zaragoza* (continuación), por **D. Vicente S. Gómez Salvo**, pág. 278.—*España y la América española* (VII), por **D. Juan Moneva Puyol**, pag. 282.—*Bibliografía*, por **Micer Juan el Zaguer etc.**, pág. 285.

EL VICIO DE CENSURAR

Hay en la vida del espíritu fenómenos extraños y curiosísimos cuyo estudio arroja muy clara luz sobre los hechos sociales. Parecía lo más natural que el hombre mentiroso, por ser inclinado á tergiversar la narración de los hechos, se escamase fácilmente de cualquiera referencia que le hicieran los demás y por tanto fuese bastante receloso y hasta incrédulo; sin embargo, ocurre muchas veces que llega á tomar por verdades inconcusas las mentiras propias, cuando las oye de la boca de sus semejantes. Por el contrario, el hombre verídico, en vez de ser el más crédulo, acaba en ocasiones por desconfiar de sus propios juicios.

Y se explica: el que ha experimentado lo difícil que es la averiguación de la verdad, no es raro que desconfíe hasta de sus personales investigaciones; en cambio el que habla sin enterarse de lo que dice, demuestra, con sus escasas precauciones lógicas, la menguada disciplina de su inteligencia. De ahí el que no aparezca como único carácter del mentiroso el ser hombre que dice mentiras, sino ser al propio tiempo quien más bolas se traga.

Análogo fenómeno se manifiesta en el vicio de censurar: el censor más severo y duro respecto de los actos de sus prójimos, por regla general, no es el más hábil y práctico, ni el más virtuoso y circunspecto, que podía en cierto modo tener derecho y autoridad; al contrario, suele ser el hombre de más laxitud y condescendencia para consigo mismo, el más vano, el más inepto, aquel que no ha experimentado las dificultades que han de vencerse para adquirir las virtudes más activas, es decir, el que menos derecho tiene, el que de menos prestigio debiera gozar, aquel sobre cuya persona más dignamente pudiera recaer la censura.

Y se comprende: el hombre activo, sabedor de lo que cuestan de superar los obstáculos que se ofrecen en la práctica, no es propenso á criticar los fracasos de los otros; él los ha sufrido; siendo laborioso y estando ocupado en sus propios quéhaceres, no gusta de emplear el tiempo en inmiscuirse en la faena de los demás; y, satisfecho de sus obras, encuentra en todo motivos para explayar su buen humor y su alegría. Todo esto hace que perdone cualquier torpeza y mejor esté dispuesto á intervenir de un modo activo en remediar los fracasos ajenos, que á lanzar inútiles declamaciones. Ejerce la más alta, noble y digna censura, la del ejemplo, esto es, demostrando que sabe efectuar bien, lo que otros hacen mal.

Al contrario: el que viviendo en el rincón de su casa no se mete en ningún negocio y por consecuencia no fracasa nunca en algún hecho particular, propende por echar en cara á los otros el mal resultado de sus acciones; no teniendo faena propia, el diablo le trae á que se mezcle en las ajenas, y como no puede estar personalmente satisfecho de la eficacia de sus virtudes, suele tener el humor algo tétrico y caviloso; por lo cual no perdona fácilmente cualquier error y se halla dispuesto siempre á soltar por la boca, como único remedio, vanos y fatigosos discursos de censura.

Los mismos lugares en que más florece la chismografía y la censura inútil indican quiénes son los que la ejercen; no es en el taller, no es en el despacho del comerciante, ni junto al rodar de las máquinas de la industria, ni en los tribunales ni en misa mayor; sino en los casinos, en los cafés, en la plaza del pueblo, en los entreactos de un espectáculo, en el paseo, en la tertulia, es decir, donde y cuando se reúnen desocupados ó personas que nada tienen que hacer.

Por desgracia, entre españoles ese vicio está muy extendido y afecta á todos los órdenes de la vida pública y privada; y eso nos está diciendo que poseemos las cualidades que de ordinario acompañan al indiscreto censor: el ser poco prácticos y activos; el estar poco satisfechos de nuestras obras, de lo que resulta probeza y mal humor, y carácter quisquilloso y envenenado. No creo que sea menester abrir informaciones públicas para demostrar que en este caso coinciden perfectamente los datos psicológicos.

Lo malo es que, cuando esa dolencia llega á cierto desarrollo, es difícilísima la curación, á saber, al período en que el individuo afectado toma el vicio como gran virtud: efecto, sin duda, de la sutil manera que tiene de tentar el demonio á los mejor intencionados, haciéndoles creer que son varones muy santos y virtuosos. El vicio de censurar, entonces, se disfraza de justa indignación: así, en lo religioso, algunos en vez de atender y remediar sus defectos propios y cuidar de hacerse cariñosos y amables, lo cual haría atractiva la religión que profesan, se entretienen en exponer á la vergüenza pública los menores deslices de los débiles pecadores y creen que tal conducta no es sólo signo de prudencia, sino merecedora de grandísimo galardón, que el cielo les ha de otorgar; en lo político, en vez de buscar positivos remedios á los males de la patria, arrimando el hombro y mostrándose dispuestos á personales sacrificios en la obra de regenerarnos, ocúpanse en lanzar vivos após-

trofes y decir perrerías de los otros, como si esto fuera eficaz para salvarla; en lo social, en vez de emular las diversas clases en cuál de todas alcanza mayores virtudes cívicas, se preocupan de infamarse mutuamente, pretendiendo con eso arreglar todas las cuestiones de interés común.

De ser virtud la censura, es negativa y muy barata, y sobre todo la de aquellos que esperan á que ocurran los fracasos, para no equivocarse; esto es lucirse bonitamente sin ningun esfuerzo de inteligencia y sin mucho gasto de exquisitos sentimientos del corazón.

Voy á citar un caso, ejemplo de lo que pasa todos los días en lo político y social, para que se haga patente el poco valor de las tales censuras.

En el pasado mes de Junio anuncióse el tonto, aunque moderno, espectáculo de un Don Tancredo, en la plaza de Algeciras; al notar el público que al sexto toro salían los picadores y no aparecían la estatua ni pedestal prometidos en los carteles, prorrumpió en ruidosas protestas. El presidente no estaba muy dispuesto á condescender; pero el público, al verse chasqueado, llenó de cacharros y botellas el redondel de la plaza y alborotó en tal forma, que no hubo más remedio que contentarlo, pues de no hacerlo así, las botellas hubieran ido al palco de la presidencia; la parte sana, la de la santa indignación, callóse, hasta ver que el toro volteaba al desdichado hipnotizador; y entonces censuró la excesiva blandura de la presidencia.

Estoy seguro que si el toro, como frecuentemente ocurre, no hubiera metido el asta en las carnes de Don Tancredo, esa misma sana parte del público hubiera llamado imbécil, mentecato, tozudo y pertinaz al presidente que no quería acceder á que se cumpliese lo anunciado y prometido.

Este mismo sistema de justa indignación de los sanos, los cuales no se exponen á probar su ineptitud (ya tienen buen cuidado de no meterse en nada) y ejercitan la virtud barata de censurar *á parte post*, es el que preside en los juicios por los que se rigen nuestros negocios públicos.

Era inminente la pérdida de las colonias; si algún político tuvo bastante clarividencia y suficiente valor para arrostrar las iras populares, que se atraía con su franqueza, la parte sana permitió que fuera recibido á patatazos; y esa misma, que enmudeció cuando la nación se iba deslizando por la pendiente hacia el abismo, lanzaba, entre espasmos y contorsiones de dolor, violentísimas censuras.

En las relaciones internacionales hacemos lo propio y ¿cómo no, si aquí en familia nos echamos en cara lo de los ángulos faciales y empleamos las artes más burdas para dividir la opinión, profiriendo injurias, como si todos no fuésemos españoles?; hasta los que tenemos fé en los mismos sagrados misterios y profesamos la misma religión de amor y caridad, nos figuramos cumplir con ella con las más escandalosas demostraciones de falta de cariño entre hermanos y de virtudes generosas y elevadas.

Ese vicio de rabiosa crítica es el que malea todos los organismos de la vida nacional: al parlamento, que para algo positivo debió instituirse, lo condenamos á ocuparse en labor negativa, dejando que los ministros, que debieran ser meros ejecutores, se encarguen de confeccionar las leyes. La esen-

cia del régimen parlamentario en nuestra patria se reduce á la censura, porque es el espectáculo que más nos agrada: si se legislase pacíficamente, nos aburriríamos y desertaríamos de las tribunas de los cuerpos colegisladores, como cuando se trata de asuntos financieros que son, á la postre, los que más nos duelen.

Así mismo maleamos la prensa, la cual es fiel reflejo de las opiniones reinantes y de los gustos que más cunden. ¡Y después la llamamos ruín! ¿Va á tener acaso en la tienda los géneros que nadie pide, para arrinconar lo que todos desean y pagan? Una prensa ideal, como la que muchos se forjan, es imposible; ¿por ventura se le ha concedido el arte mágico de vivir sin suscriptores y tiene el don del milagro para echar los números por las rendijas de las ventanas é infiltrarse en nuestras habitaciones para predicarnos sermoncitos que nadie compra?

No hay organismo que se adapte al medio ambiente mejor que la prensa: en cuanto el gusto muda, ella cambia también; así se transforma en noticiera, en cuanto el público le pide noticias; pero ¡ojo con alabar á ningún político! ¡á esos hay que negarles el agua y el fuego!; el público no compra papeles en que se elogie á los gobernantes. De nada sirve que la prensa, en su afán generoso, se lance á empresas que gobiernos ni sociedades particulares han podido llevar á cabo, v. g., lo de *El Imparcial* en Consuegra, lo de los repatriados de Cuba, ó en esfera más modesta algunas excelentes iniciativas de la prensa de Aragón; porque, si no impregna la pluma muchas veces con fuerte vinagre, pronto le plantarán encima este bochornoso rótulo: «es ministerial», palabra estupenda que produce inmediatamente el prodigioso fenómeno de cerrar todos los bolsillos.

Con ese criterio es imposible debilitar el clamoreo de la torpe y forzada censura, el cual no sólo es malo como síntoma de pocas virtudes, sino porque trae por efecto echar á perder las más nobles y patrióticas vocaciones. A los hombres más resueltos y activos les pone nerviosos la presencia de un público lleno de mirones que sólo estén dispuestos á censurar.

Desde hace muchos años, la vida pública en España se ha hecho tan aborrecible por la despiadada crítica, que muchas personas honradas é inteligentes se retraen y no se mezclan en los negocios públicos; el que les motejen de *políticos* desagrada á algunas personas decentes. Los intereses nacionales han de resentirse de tal alejamiento, pues no aprovechamos bastantes aptitudes que permanecen ahora baldías. Los tiempos son difíciles y comprometidos; las ocasiones de éxito escasas y dudosas; la censura acre y mordaz; ¿quién ha de tener valor suficiente para sacrificar su tranquilidad y su honra, sin la esperanza remota siquiera de la gratitud de sus conciudadanos? Cuando la patria más ayuda y más auxilio de todos pide, es cuando de la vida pública desiertan los mejor dotados quizá, huyendo de las ocasiones en que la reputación pueda perderse.

A la censura violenta ha de atribuirse, á mi juicio, el que la juventud, desde hace lo menos veinte años, calmada la fiebre revolucionaria que exaltó á las generaciones anteriores, no acuda á inscribirse en ninguno de los par-

tidos políticos, los cuales en vez de fortalecerse con savia joven, enflaquecen sin cesar y se debilitan, hasta que sólo reste una porción de viejos que sean ó lo suficientemente soberbios para despreciar las censuras populares ó lo bastante curtidos de piel para sufrir impertérritos y sin vergüenza las más duras reconvenções. Si ha de venir alguna mejora en los tiempos futuros, es preciso mudar de conducta. Cabalmente cuando voces patrióticas claman pidiendo un taumaturgo que realice el milagro de nuestra resurrección, hacemos lo necesario para que no haya más político posible que el actual Presidente del Consejo, el cual desde la altura del poder parece que nos está diciendo:

«Señores: soy viejo ya y estoy harto de zarandeos; para evitar motivos de dimes y diretes, no quiero calentarme la cabeza imaginando medidas políticas; aquí me tienen Vds., muy á disgusto mío, para que manden lo que les plazca; lo mismo estoy dispuesto á salmodiar letanías, que á cantar la Marsellesa; se me da cuatro pitos el derecho ó el revés».

Y en realidad eso merecemos quienes, sobre hacer imposible la vida pública á cualquier persona decente, aun nos creemos con derecho á exigir de los gobernantes el que satisfagan todos nuestros caprichos: gente hay que les pediría seriamente, tendida y balancéandose en mecedora en el patio de su casa, el que mandaran un municipal para que les rascase las espaldas, si les pica.

DR. BRAYER.



La filosofía en el siglo XIX

(CONTINUACIÓN)

Continuación del idealismo germánico. Oscurecida algún tanto la memoria del filósofo de Kœnisberg por el superior renombre de sus inmediatos discípulos, Fichte, Schelling y sobre todo Hégel, parecía haber acabado el período de vital y positivo influjo de la filosofía de Kant, y que éste, al igual de otros muchos pensadores, había pasado ya á la región de la historia, aunque para ocupar un lugar de distinguida preferencia. Sin embargo, no fué así: la metafísica de Hégel que había logrado imponerse y dominar durante la primera mitad de siglo, entra luego en un período tal de decadencia y de olvido, que, como escribía Levy Bruhl el año 1895 en la *Revue de deux mondes*, «Los hegelianos desaparecen uno á uno como las medallas de Santa-Helena.» Muy otra ha sido la suerte del kantismo: pues á contar desde el año 1860 en que empieza á conocerse la metafísica pesimista de Schopenhauer, casi todas las soluciones presentadas al problema metafísico han aprovechado los caminos señalados por la *Crítica de la razón pura*. Hoy se comentan y se exponen las obras de Kant, casi con igual entusiasmo que las de Aristóteles en la edad media; la Academia de Berlín ha preparado una nueva edición de aquéllas, y el Dr. Vaihinger ha fundado en 1896 una revista especial titulada *Kantstudien*, que no tiene otro objeto que estudiar, desde el punto de vista doctrinal é histórico, la obra del filósofo de Kœnisberg, y recoger, en todos los países del mundo, las huellas de la influencia kantiana (1).

Por esta influencia grandísima de Kant en el pensamiento filosófico de la segunda mitad de siglo, se debe en gran parte el que las síntesis filosóficas presenten como armazón el monismo idealista, si bien es verdad que todas llevan el sello de la época, es decir, que sus autores han pretendido tomar de la experiencia los materiales para esa construcción. A todos ellos los hemos agrupado bajo el epígrafe de continuadores del idealismo germánico, y siguiendo el orden anteriormente señalado, resumiremos brevemente el pensamiento de todas estas direcciones filosóficas derivadas del kantismo.

A) *Metafísica pesimista.* Que el mundo es un valle de lágrimas, que el dolor se ceba á menudo en el espíritu y acibara con sus amarguras la vida entera del individuo, hasta aborrecer la existencia por excesivamente penosa é intolerable, es una

(1) Véase la obra ya citada de Monseñor Mercier: *Les origenes de la psychologie*, pág. 241 y sigs.

verdad indiscutible y por todos reconocida; pero nadie había intentado convertir esa verdad en base de todo un sistema no sólo de moral, sino de metafísica. La gloria, si es que hay alguna, por haber sido el primero en tributar ese homenaje científico al dolor y al sufrimiento, corresponde á

Arturo Schopenháuer (1788-1860), lector asiduo y admirador entusiasta de las obras de Kant, cuya filosofía se propone continuar, pero no á la manera de Fichte, Schélling y Hégel, á quienes trata duramente calificándolos de sofistas y charlatanes, sino adoptando un método «experimental, analítico é inductivo.» Para Schopenháuer la verdadera filosofía es la que nos enseña á conocer la esencia del mundo elevándonos por encima de los fenómenos; no ha de proponerse el filósofo averiguar el origen, el destino, la causa del mundo, porque éstas son cuestiones trascendentales é incognoscibles, sino simplemente *lo que es el mundo* (1).

Por este motivo la obra en que el pesimista alemán ha expuesto con más detenimiento su sistema metafísico, lleva por título: *El mundo como voluntad y como representación*. Las primeras páginas de esta obra parecen escritas por un discípulo exagerado de Berkeley, puesto que la conclusión que en ellas establece el autor puede resumirse en esta frase: el mundo es mi representación. Pero Schopenháuer, atento siempre á que la filosofía no puede construirse con puras ideas y que la metafísica debe fundarse sobre la experiencia, lejos de imitar á sus paisanos Fichte, Schélling, etc., que convierten á las ideas en fuente de toda realidad, sigue un camino diametralmente opuesto y señala como principio fundamental de todas las cosas, no la idea ni el entendimiento, sino la *Voluntad*, la fuerza, que para él es un ser concreto y un dato de la experiencia. Esta voluntad no sólo es anterior á todo acto de pensar, sino que precede á la inteligencia misma; por eso viene á constituir lo que hay de más fundamental y primitivo en nosotros, á saber, nuestra propia esencia.

Pero sólo comprendemos la naturaleza, continúa Schopenháuer, comprendiéndonos á nosotros mismos y atribuyéndole por analogía nuestro propio sér; luego, si la voluntad constituye el fondo de nuestro sér, también será la esencia de todas las demás cosas.

Una vez determinada la esencia immanente de todos los seres, siguiendo el procedimiento constructivo del idealismo germánico, explica cómo van derivando de esa voluntad, á la que da un sentido más absoluto que el de simple fuerza natural, todos los seres mundanos desde el mineral inconsciente é insensible hasta el hombre; es decir, la voluntad, inconsciente en sus principios, va objetivándose y adquiriendo conciencia de sí propia hasta llegar á la inteligencia en el hombre. Entonces aparece el mundo no sólo como voluntad, sino también como representación, con todas sus leyes y categorías de espacio, tiempo, etc.

Cuando la voluntad ha adquirido conocimiento del mundo, se convence de lo irremediable de su dolor y de su miseria (1). «Querer, es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por su esencia dolor... La vida del hombre es

(1) Puede decirse que la filosofía de Schopenháuer no tiene otro objeto que descifrar la *cosa en sí*, el *nómenon*, lo que Kant había declarado incognoscible.

(2) La conciencia, lejos de significar en la teoría de Schopenháuer un avance, un progreso, como en el sistema de Hégel, representa un mal, una desgracia.

tan sólo una lucha por la existencia con la seguridad de ser siempre vencido.... Es una historia natural del dolor que se resume en estas palabras: querer sin motivo, sufrir siempre, luchar siempre, después morir, y así sucesivamente por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se deshaga en pequeñas partículas.» Tal es el concepto pesimista que del mundo se había formado Schopenháuer y que acabamos de presentar con las mismas palabras del autor.

Aunque no entra en nuestro plan exponer la parte moral de los sistemas filosóficos, diremos, sin embargo, que el autor del pesimismo no encuentra remedio eficaz para tanta desventura, ni en su ética, que viene á ser una restauración del budhismo.

Iguales conclusiones pesimistas mantiene su discípulo *Eduardo Hartmann* (1842). Espíritu conciliador y sintético, propónese armonizar los sistemas de Hégel y Schopenháuer, señalando como principio, del cual derivan todas las cosas, no la idea absoluta é inconsciente (Hégel) ni la voluntad (Schopenháuer), sino un sujeto que comprenda la voluntad y la idea, al cual designa con el nombre de *Inconsciente*.

Lo inconsciente para Hartmann es la causa absoluta, el *Uno-todo*, el principio único que explica todas las cosas: la naturaleza, la vida, el pensamiento, el arte y la historia: por él vivimos, obramos y somos.

¿Cuándo y cómo la unidad de lo inconsciente ha producido toda esa muchedumbre de seres que todos observamos?

No olvidemos que lo inconsciente es á la vez voluntad é inteligencia; como si dijéramos, fuerza é idea directriz. Al determinarse la voluntad á producir, no puede dar otra cosa que voluntades, y éstas, al multiplicarse, se diversifican y se oponen entre sí. Esta oposición de voluntades da origen á la materia; porque, ¿qué es la materia sino un conflicto de fuerzas que se atraen ó repelen?

La voluntad, aunque puede lo que quiere, no siempre desea lo mejor, y al producir la materia, ha puesto un acto ciego, deplorable é irracional. Contrariada la inteligencia por ese proceder de la voluntad, despierta del estado inconsciente, á que la había condenado Hartmann, y con ese despertar aparece la conciencia. Esta adquiere toda su plenitud cuando la materia organizada ha llegado á producir el cerebro.

En el momento en que el sér adquiere conciencia de sí propio, tórnase en egoísta y empieza para él la vida del dolor y del sufrimiento. En vano espera el hombre que su dolor ha de disminuir en esta vida. ¡Ilusión! Inútil será que espere alguna recompensa en la vida futura. ¡Segundo grado de ilusión! Se engañan todos aquellos que le prometen, á falta de felicidad personal, el bienestar de la humanidad futura. A medida que la humanidad progress, adquiere mayor conciencia de sí misma, y conoce mejor su condición miserable. El único remedio sería que la voluntad dejara de querer, lo cual es muy difícil.

Si el punto de partida en el sistema de Hartmann es arbitrario, como acabamos de ver, y la conclusión desesperante, gran parte del material invertido en su desarrollo es de un valor indiscutible. Pocos filósofos han hecho ver con más claridad la insuficiencia del mecanicismo para explicar la naturaleza y la vida; pocos han estudiado tan á fondo como él el problema de los fenómenos inconscientes en

el hombre. No es inútil para los filósofos espiritualistas la lectura de la *Filosofía de lo Inconsciente* de Hartmann.

No han faltado discípulos y admiradores del pesimismo alemán, pero todos de escasa importancia para la filosofía, y muy poco conocidos, si se exceptua á

Federico Nietzsche (1844-1900), cuyo renombre no es debido ciertamente á la profundidad de sus ideas, ni á la construcción arquitectónica de su sistema, sino á cualidades de otra índole que reunirán sus obras, pero que yo no acierto á señalar ninguna de ellas.

Para Nietzsche, el mundo de «las cosas en sí», la verdad, Dios, el deber no son más que fantasmas de nuestra imaginación. La única realidad es el mundo de nuestras pasiones y deseos. Nuestros actos y pensamientos son gobernados por los instintos, los cuales se reducen á uno primitivo que Nietzsche llama *voluntad de poder*.

Dejando á un lado la serie de extravagancias que constituyen la parte moral de la filosofía de Nietzsche, expondré rápidamente su hipótesis del *Super-hombre* y del *retorno sin fin*.

La primera tiene por objeto buscar un desenlace honroso y afortunado para la humanidad dentro de la teoría pesimista. Schopenháuer y Hartmann nos habían condenado á un sufrimiento eterno é irremediable; Nietzsche, más compesivo para con el hombre, le profetiza que cuando haya llegado á la cumbre del dolor y del disgusto, si tiene energía bastante para resistir, para anonadarse á sí mismo, se hallará de repente transformado en *super-hombre*. Desde esa altura, á la cual se habrá llegado por la resignación y el esfuerzo, miraremos á los demás hombres, como «un objeto de risa, de vergüenza y de dolor». Nos regiremos por una moral aristocrática, sin responsabilidad, sin sujeción á otra ley que la de nuestro propio querer. Así al menos lo «dice Zarathustra ante el pueblo reunido en asamblea».

La otra hipótesis del *retorno sin fin* se reduce á afirmar que la vida y existencia de todos los seres que componen el mundo, no es otra cosa que la repetición de estados que se dieron ya y se repitieron en épocas anteriores; de manera que todo individuo ha vivido ya un número infinito de veces la misma vida y volverá á vivirla eternamente.

Mientras no lleguemos al estado de *super-hombre* seremos desgraciados irremisiblemente.

DR. GRAPILINKS.



El verdadero final de un cuento

Creo que ninguno de vosotros, dísculos hijos de la madre España, ignora el celebrado cuento, según el que, el venerable y belicoso Apóstol Santiago, nuestro patrón, se presentó un día al Omnipotente y le pidió para los españoles una porción de excelentísimas cosas, todas las cuales le fueron concedidas, menos la última, que consistía en solicitar que nuestra patria tuviese siempre buenos gobernantes. El cuento acaba diciendo que el Divino Señor contestó á esta petición, poco más ó menos lo siguiente:

—No puede ser, amigo Santiago, no puede ser, eso ya es pedir gollerías.

Con lo cual da fin el relato, suponiendo que nuestro bienaventurado protector se quedó apesadumbrado y carilargo, por creer que íbamos á tener por jefes políticos una larguísima serie de máximos badulaques.

Pues bien, nobles y maldicientes hijos de la madre España, estáis á media ración en lo referente á la historia dicha, no ha llegado á vosotros el verdadero final, la cosa acabó de otro modo. Y este otro modo, que yo he logrado averiguar, tras de muchas cábalas y metafísicas, es el siguiente, de cuya autenticidad os respondo, aunque no haya de ello acta notarial.

Dice el peticionario.—Señor, á más de lo dicho, pido para España buenos gobernantes, hombres de talento, instrucción y elocuencia, de altas miras, noble corazón y sentimientos elevados.

Contesta el otorgante.—Concedido.

—Y que tengan travesura, ingenio y agudeza para librarse de las tracamandanas que les armen; y armar ellos las que crean convenientes.

—¿Tracamandanas dijiste? Mira que van á resultar zaragateros, embusteros y trapisondistas.

—Con tal que no sea mucho, mucho.

—Bueno, bueno, también concedido, se pasarán de listos; y más que los que manden los que aspiran á mandar, porque esto de aspirar al mando abre mucho el ojo.

Frotábase el bueno del Apóstol las manos creyendo haber conseguido lo más y lo mejor, cuando, alzando la vista, notó que el generoso concesionario se reía á medias, entre jovial y socarrón. Le entró un remusguillo de recelo, caviló un poco, y de pronto, viniéndole al magín la idea complementaria de la últimamente expuesta, habló así:

—Señor: como gracia postrera pido á V. M. que, ya que los gobernantes serán talentudos, perspicaces y diestros, sean los gobernados dóciles, pacíficos, tranquilos, enemigos de la maledicencia, sensatos, discretos, y nada propensos á bullangas ó alborotos.

—Eso..... mi general.

(Si será Santiago personaje de importancia por allá arriba, cuando el Omnipotente le llama «MI GENERAL»)

—Eso, mi general, es imposible, incompatible é irrealizable.

—Señor.....

—Lo dicho, irrealizable, incompatible é imposible. Razona con lógica y te convencerás. Los españoles tienen por naturaleza, entusiasmo, arrojo, imaginación, prontitud, y pasión.

—Cierto.

—Sus gobernantes tendrán las mismas condiciones con más elocuencia y galanura; pero los aspirantes al gobierno, aguijoneados por su aspiración, sobre la galanura y elocuencia, usarán atrevimiento, ardor y fogosidad. En cuanto aquéllos abran la boca, saldrán éstos con censuras acerbas y frases arrebatadas acusándoles de todos los males de la patria. ¿Y qué efecto quieres que produzca la oratoria de estos fogosos sobre la gran masa de entusiastas, arrojados, prontos y pasionales? Se escitarán, se enardecerán, y en vez de pacíficos y dóciles resutarán levantiscos, alborotadores y motinescos.

Al oír esto, cayéronsele á nuestro patrón los palos del sombrero, se le arrugó la cara, y con voz, entre quejumbrosa y recortada, preguntó:

—¿Armarán muchos motines?

—Tantos, que yo, con ser quién soy, no podré llevar la cuenta.

(Qué tal de belenistas seremos, que el propio Omnipotente dice que no puede llevar la cuenta de nuestros belenes).

—Pues España va á ser un reñidero de gallos.

—Exactamente.

—Entonces, todo se lo va á llevar la trampa.

—No, cuando amenace formalmente hundirse, ya pondré yo un puntalillo.

Con esto concluyó la audiencia, quedando nuestro benévolo protector, por una parte caviloso é inquieto; y por otra esperanzado, más en la misericordia divina que en las concesiones logradas, las cuales, en último término, iban á resultar contraproducentes.

Esto es para que vayamos pidiendo á Dios lo que resulte mejor, según el humano parecer.

Y aquí acabaría yo mi relato, si no fuera porque, según las últimas noticias, el suceso ha tenido un epílogo interesante, que consiste en lo siguiente:

Ha pocos días presentóse el bueno del Apóstol al Señor, todo cuitado y menesteroso, y le dijo:

—Aquello va muy mal, todo son desavenencias, discordias y particularismos; entre socialistas, separatistas, centralistas, federalistas, carlistas y catalanistas lo van á echar á perder irremisiblemente.

—Sí, general, medianillo está, pero peor te viste tú, y estás tan guapo.

—Si me hiciese V. M. el grandísimo favor de quitarles la retórica, la facundia, la pasión y los entusiasmos palabreros. Qué hablen poco y mal, por que una de las razones de tantas desdichas es lo mucho y bien que hablan.

—Alto, eso no pue de ser. Yo no revoco las gracias otorgadas.

—De modo que seguirán charlando.

—¿Qué si seguirán? Tanto y tan bien, que á eso no les ganará nadie.

—¡Ave María purísima! El mejor día se hacen añicos unos á otros.

—Santiago, mi caro Santiago, ¿también tú te vuelves pesimista como los literatucos de ahora? No te apures, no puges, no gimas, que más días hay que longanizas. Las alborotinas actuales son rabieta por las desdichas anteriores. Pasarán, y cuando pasen, ya verás cómo tus protegidos vuelven á estar lucidos, rozagantes y peripuestos: aun les queda mucho, aun les sobra ánimos; y en caso de apuro yo les pondré el puntalillo que sabes.

—¿Me permite V. M. que escriba todo esto á un subalterno mío, que anda por allá y gusta de emborronar cuartillas?

—¿Es de á caballo?

—Lo fué, pero ya no sirve, anda algo viejo.

—¿Es espiritista?

—No señor, es católico.

—Pues escríbeselo.

Y he aquí por qué sé yo todo lo referido.

Y dada la autoridad del origen, creo que nadie me tendrá por embustero.

LEANDRO MARISCAL.

P. S. Creo que nuestro patrón y amigo va á pedir de nuevo al Señor que nos libre de charlatanes. Dudo que lo logre.



La reforma de los estudios históricos en nuestra enseñanza universitaria

III

El ideal de un plan de enseñanza está en que de tal suerte permita la libertad en los que enseñan y aprenden, que cada cual se lo pudiera formar aprendiendo lo que necesitara saber y prescindiendo de lo que no le hiciese falta; comprendo sin embargo que este ideal está tan lejano, que hoy es imposible establecerlo, y reconociéndolo así estimo que debe tenderse á llegar á él poco á poco; también comprendo que dentro de nuestras actuales condiciones económicas, no es posible pedir que el Estado invierta en la enseñanza cantidades cuantiosas. Teniendo en cuenta estas circunstancias y las razones que aduje referentes al vigente plan que organiza los estudios históricos en las Universidades, voy á presentar razonándolo, otro, en que se eviten en lo posible los inconvenientes aducidos y sea un paso más hacia el ideal que como aspiración debemos hoy acariciar.

Según mi proyecto, la distribución de materias debería ser la siguiente:

Primer curso.—Preparación general.

Lengua y Literatura española.—Diaria.
Historia de España.—Diaria.
Filosofía.—Diaria.
Historia Universal.—Diaria.

Segundo curso.—Preparación especial.

Paleografía.—Diaria.
Arqueología.—Alternativa.
Epigrafía.—Alternativa.
Una asignatura de Lenguas y Literatura.—A elección del alumno.

Tercer curso.—Investigación.

Historia de España.—Alternativa.
Prácticas de Historia de España.—Una cátedra semanal de dos horas.
Historia Universal.—Alternativa.
Prácticas de Historia Universal.—Una lección semanal de dos horas.
Geografía.—Diaria.

Cuarto curso.—Investigación.

Historia de España.—Alternativa.
Prácticas de Historia de España.—Una lección semanal de dos horas.
Historia Universal.—Alternativa.
Prácticas de Historia Universal.—Una lección semanal de dos horas.
Pedagogía general y aplicada á la Historia con ejercicios prácticos de exposición.—Diaria.

Razonaré el plan propuesto:

1.º curso. Tiene por objeto este curso preparar al alumno iniciándolo en los estudios históricos: los cursos de Historia Universal y de España deben presentar ante su vista un cuadro sintético, pero completo, de las ciencias á que va á dedicarse; ha de huirse al exponerlos de toda erudición y detalle, decirle lo averiguado sencillamente, y sin amplificaciones que la cortedad del tiempo destinado á ellos no consiente; no se debe tolerar el abuso de que el profesor explique la cantidad que quiera de la materia y que la Historia de España no pase de los Reyes Católicos y la Universal se quede en el Imperio Romano.

Además conviene que el alumno sepa su propia lengua y tenga una idea sintética también de su Literatura; la asignatura de Filosofía debe tender á que conozca la lógica y alguna noción de las demás ramas de la Filosofía de modo sencillo, sin entrar en discusiones de teorías que el futuro historiador puede estudiar más adelante.

Este curso podría servir de estudios comunes á las tres secciones, si es que seguían divididas.

2.º curso. Tiene por objeto preparar al futuro historiador en la técnica de su ciencia.

La Paleografía es la más importante de las asignaturas, pues la historia se construye en su mayor parte con documentos; por esto esta cátedra es diaria, á fin de que el alumno tenga tiempo para adiestrarse en leer documentos, pues sin este requisito, el querer que despues investigue es pedir un imposible.

La Arqueología y Epigrafía no tienen tanta importancia y por esto la cátedra es alterna; si á estas enseñanzas se les dá carácter más bien práctico que teórico, si tienen lugar en los Muscos ó el alumno puede disponer del material necesario, se pueden exponer en un curso de lección alterna los rudimentos de estas ciencias; no hay que olvidar 1.º que el alumno ya tiene conocimientos de Historia por el curso preparatorio y 2.º que en los dos sucesivos ha de aplicar investigando por sí, lo que en éste aprenda.

La última asignatura es de libre elección; tiene por objeto 1.º permitir que la vocación se manifieste consintiendo al alumno que él escoja aquel estudio que más le agrada; 2.º prepararle más para el estudio de investigación que ha de hacer; así v. g. quien guste de estudiar pueblos semitas, puede cursar árabe ó hebreo; si de los medioevales, latín de los tiempos medios, ó bien alguna asignatura de Literatura comparada ó ampliación de la Española.

De esta suerte, conociendo el manejo general de las fuentes históricas y la especialidad á que vaya á dedicarse, queda capacitado para investigar; sin esta preparación, es en vano que se le exija esta labor; será no un trabajo verdadero y serio el que haga, sino una ridícula parodia de investigación, que no tendrá más resultado que engreírle haciéndole abrigar la idea de que tienen verdadero valor científico trabajos de mera recopilación de opiniones ajenas ó repetición de hechos averiguados sin que pueda aportar nada nuevo al caudal científico existente.

3.º y 4.º curso. En estos dos años debe el alumno tener como principal labor la de investigar; su tarea se subdivide en tres direcciones.

1.ª Asistir á los cursos de Historia Universal y de España, en los que profesores que investiguen vayan exponiéndole con todo detenimiento alguna parte de las asignaturas; no deben ser estos cursos comprensivos de toda la asignatura, sino, como se hace en el extranjero, de una parte de ella; no hay pues necesidad de que repitan *toda* la asignatura, pues en este caso su labor sería la de volver á decir lo que el alumno oyó en el curso preparatorio y aun en el Instituto; el profesor de este período de estudios superiores debería anunciar con antelación la materia que se proponía tratar, y presentar á su Facultad un programa de su enseñanza en aquel curso, que debería ir variando en años sucesivos; algunas cátedras de los actuales doctorados pueden servir de modelo.

2.ª Asistir á las clases prácticas llevando á ellas para su corrección por el profesor el resultado de su investigación personal; para quienes conozcan el modo de funcionar de los *seminarios* alemanes, con esta palabra quedan enterados de la idea. De estas clases prácticas deberían estar encargados los mismos profesores que dan las respectivas enseñanzas teóricas, y éstos escogerse entre aquellos que prácticamente han demostrado por sus trabajos que saben investigar; al comienzo del curso, cada alumno escogería un tema que durante todo el año había de estudiar; el profesor debe indicar á cada alumno las fuentes á que ha de acudir; en la reunión semanal, los alumnos dan cuenta de su investigación y van redactando poco á poco el trabajo; el profesor corrige los defectos de fondo y forma, les indica los modelos, objetos, documentos etc. que deben ver, y al fin del curso, estén ó no terminados estos trabajos, se califican.

Así aprenderían los alumnos á trabajar despacio con guía, á escribir en estilo claro y se irían educando para que después pudiesen continuar solos, dedicándose con fruto á la labor científica; así se han formado en el extranjero los investigadores que dan á la ciencia días de gloria; de no acudir á este medio, veo difícil que se consiga el fin que se busca ó sea el de formar investigadores.

3.ª Asistir á las clases de Geografía y Pedagogía; la primera es necesaria, pues aparte de que complementa y facilita los estudios históricos, prepara á los futuros profesores de esta asignatura en los Institutos; y la segunda es también necesaria, pues no hay que olvidar que el 90 por 100 de los alumnos de estudios históricos, han de dedicarse á la enseñanza; los ejercicios prácticos de exposición deben consistir en que el alumno, ya en cuarto y último año, prepare alguna lección que explique á sus compañeros y el profesor le haga notar los defectos de fondo y forma en que haya incurrido.

Estudiando en conjunto este plan observaremos:

1.º Que gradualmente va habiendo cada año menos cátedras y va teniendo en cambio el alumno más tiempo para estudiar por sí; es imposible que con tres ó cuatro cátedras diarias, teniendo que preparar las lecciones de clase, pueda el alumno leer otra cosa más que algún periódico, aparte de los

libros de texto. En este plan, en el primer año, en que el alumno poco puede hacer por sí, tiene cuatro cátedras diarias; el segundo dos diarias y dos alternas; el 3.º y 4.º una diaria y dos alternas; le queda pues tiempo, sobre todo en los dos últimos cursos, para poder visitar museos y archivos, acudir á bibliotecas, escribir en su casa, en una palabra, para que pueda trabajar sin que la asistencia á clase y la preparación de las lecciones le absorba la mayor parte del tiempo.

2.º Cabe que el alumno se eduque trabajando, pues al cabo de su carrera, aparte de lo que practicase en las asignaturas del segundo año (Paleografía y Epigrafía y Arqueología, más la lengua que eligiese) redactaría dos trabajos de Historia Universal y otros dos de España, aparte de las lecciones que expusiera en la cátedra de Pedagogía.

3.º Las materias que oyese explicar podrían ser profundizadas por el catedrático en los dos cursos de investigación, y de este modo vería que el trabajo científico no consiste sólo en generalizaciones brillantes y seductoras, que el nervio de la ciencia está en el estudio de detalle; conocería detenidamente algunas partes de las asignaturas y esto despertaría su curiosidad para conocer las otras; adquiriría un buen caudal de fuentes bibliográficas y no sacaría la idea de que la ciencia consiste en repetir lo que le han dicho.

4.º Cuando los alumnos, así formados, llegasen á ser profesores v. g. de Instituto y se desparramasen por toda la Península, podrían seguir investigando, pues estarían acostumbrados á esta labor y podrían hacerla; hoy no acontece esto; muchos de nuestros catedráticos ni saben leer documentos, ni conocen la Arqueología y Epigrafía, ni están acostumbrados á estos trabajos de investigación, pues nadie les ha enseñado, ni se les ha exigido para ocupar sus cátedras; van á ellas acostumbrados sólo á oír conferencias; si tuvieran el hábito de investigar, saldrían á luz multitud de documentos y se harían estudios locales que son necesarios para que algún día se escriba con fundamento nuestra historia patria, que mientras no se realice esta labor previa, no se puede escribir debidamente.

5.º Este plan no parece completo, pues faltan muchas materias que en otros países se estudian v. gr., Egiptología y Asiriología, Prehistoria, Historia de la civilización y otras por este estilo; mas hay que tener presente nuestro estado intelectual y económico, la duración limitada de la carrera y pensar que más bien necesitamos aplicarnos á conocer principalmente nuestra propia historia que no los hechos de Ramsés II ó los aborígenes Aryos: para estas enseñanzas de ampliación quedan los cursos libres y el período del Doctorado.

6.º Quizá parezca absurdo que no se enseñe *toda* la Historia en los cursos de investigación; mas, aparte de las razones antedichas, hay que tener presente que los estudios históricos no son profesionales: un abogado v. g. que tiene que ejercer su profesión ó ser juez ó notario ó registrador necesita saber porque lo aplica, todo el derecho civil y administrativo y aun el penal y mercantil, además de los procedimientos; mas al historiador no le ocurre esto: se puede escribir v. g. la historia de la casa de Austria en España, aunque

no se tengan más que ideas generales de los asirios, egipcios y griegos y romanos: cada cual estudiará lo que necesite para aquello á que se dedica; y como estudio general, bastan los cursos de preparatorio.

7.º Desde el punto de vista económico, no resulta este plan más costoso que el vigente, pues se podría poner en práctica con el siguiente profesorado:

1.º Dando cada profesor sólo una cátedra de lección diaria y computando como tal cada dos alternas, con 8 catedráticos: la cátedra de libre elección no entra en la cuenta, pues la daría el catedrático de la otra sección, ni dos del primer año, por ser estudios comunes. Para esto es preciso unir las secciones: esta reforma creo que no tardará en implantarse, pues el separarlas ha sido un gravísimo error: las prácticas de Historia irían unidas á los respectivos cursos de investigación.

2.º Suponiendo que se aplique el sistema de las acumulaciones, con seis catedráticos y aun en último término con cinco: no se cuentan dos del preparatorio que son comunes á las dos secciones y el de la asignatura de libre elección. La distribución con seis catedráticos podría ser

- 1.º Historia de España (Preparatorio) y Geografía.
- 2.º Historia Universal (Preparatorio) y Pedagogía.
- 3.º Historia de España 1.º curso, Paleografía, Prácticas.
- 4.º Historia de España 2.º curso, Arqueología, Prácticas.
- 5.º Historia Universal 1.º curso, Epigrafía, Prácticas.
- 6.º Historia Universal 2.º curso, Prácticas.

Distribución con cinco catedráticos.

- 1.º y 2.º iguales.
- 3.º Paleografía, Epigrafía y Arqueología.
- 4.º Historia de España 1.º y 2.º curso, Prácticas.
- 5.º Historia Universal 1.º y 2.º curso, Prácticas.

Con la primera distribución, ningún profesor tiene más de dos cátedras diarias, pues las Prácticas no llegan á ser clase alterna.

Con la segunda, tampoco pasa nadie de ese límite y algunos ni á eso llegan.

Tal es el plan que someto á la consideración de quienes se ocupen en estas materias: el vigente requiere cuando menos igual número de profesores, y dicho sea con los respetos debidos y sin vanagloria, no me parece mejor que el que propongo, pues ni en el orden ni en la calidad de las asignaturas me parece que responde como éste á las exigencias de la ciencia y á nuestro actual estado financiero y mental.

EDUARDO IBARRA.

CUENTOS INFANTILES

XVI

El del pavo con pan y vino

Pues, señor, éstos eran tres estudiantes que iban corriendo mundo sin tener dinero y, para poder comer, estaban siempre haciendo alguna de las suyas: á veces comían bien, á veces mal, á veces no se desayunaban en todo el día, á veces dormían en buena cama, á veces en mala, á veces no tenían donde pasar la noche; pero ¡bah! mal que bien iban viviendo, veían mundo sin gastar un cuarto y estaban más contentos que unas Pascuas.

Un día entraron en un pueblo á media mañana y en la primera calle vieron un pavero con una gran manada de pavos. En seguida dijo uno de los estudiantes: hoy comemos pavo; y otro dijo: voy á buscar pan; y el otro dijo: yo me encargo del vino, y de aquí á media hora á ver si nos juntamos en la posada que hay á la entrada del pueblo. El del pan se fué á buscar pan, el del vino se fué á buscar vino y el otro se quedó allí para agenciarse un pavo.

Llega el pavero adonde se había parado el estudiante y le dice el estudiante:

—¿A cómo vende usted los pavos?

—Según sean: ¿cuál quiere usted?

—Este.

—¡Qué! Ese no me lo compra usted; es un pavo muy grande para usted solo, y, dicho sea sin ofensa, lleva usted unos manteos muy raídos para comprarme un pavo como ése.

—¡Y usted qué sabe para quién es el pavo!

—También es verdá.

—Pues es para mi tío el señor cura de esa parroquia. Conque ¿cuánto?

—Para no andar enredando, y ya que es usted persona de formalidá, dos duros.

—Ocho pesetas.

—No puede ser menos.

—Vamos en nueve pesetas lo llevaré.

—Aunque me dé usted treinta y nueve reales.

—Ea, tiene usted palabra de rey: cójame usted el pavo.

Coge el pavo el pавero, se lo da al estudiante y el estudiante dice: vamos hacia la iglesia, que allí le pagará mi tío. Van poco á poco hacia la iglesia, el estudiante con su pавo y el pавero conduciendo su manada, llegan á la puerta, entran los dos, el estudiante se acerca á un confesonario donde estaba confesando un señor cura, se arrodilla y dice:

—Dispense usted, padre, no vengo á confesarme, vengo á advertir á usted que un pobre pавero, que hace ya siete años que no se confiesa, quiere confesarse ahora con usted, pero le da mucha vergüenza y dice que tendrá usted que tener mucha paciencia y que tendrá que ayudarle mucho para que pueda recordar todos sus pecados.

—Bueno, bueno ¡pobrecillo! dile que venga, que no tenga cuidado, que á los arrepentidos quiere Dios.

—Gracias, padre; ahora va á pasar.

El estudiante besa la mano al señor cura, se levanta, hace una seña al pавero y el pавero se acerca al confesonario y se queda plantado allí delante.

El confesor le dijo muy cariñosamente:

—Arrodílese usted.

—Pero...

—Vamos, hijo, vamos, arrodílese y diga el *yo pecador*.

—Pero...

—Nada de vergüenza: la vergüenza para pecar. Ahora viene usted al tribunal de la penitencia...

—Pero ¡señor cura!...

—Sí, ya lo sé, pero no importa, yo le ayudaré á recordar, y si usted viene verdaderamente arrepentido...

—Pero ¡si yo no vengo á confesarme!

—Vamos, ya que Dios le ha tocado en el corazón, no se vuelva atrás.

—Pero, señor cura, si soy un pobre pавero y vengo á que me pague usted dos duros de un pавo que me ha comprado para usted su sobrino.

—Pero, hijo, ¿usted está loco?

—No, señor, no; no estoy loco; si ha sido ahora mismo; si su sobrino se ha acercado aquí al confesonario á decirle á usted que me dé los dos duros y ¡vamos! démelos pronto, que está la manada sola en la puerta de la iglesia.

—¡Ah, ya comprendo! el estudiante nos ha engañado á los dos: á mí me ha dicho que venía usted á confesarse; no es sobrino, ni le conozco, ni es del pueblo; mire usted á ver si lo encuentra por ahí y puede cobrarle.

El pавero dijo usted dispense, salió de la iglesia, se marchó á recorrer calles con sus pavos y ya no echó la vista encima al estudiante.

El estudiante se marchó derecho á la posada y en seguida empezó á pelar y á guisar el pавo la posadera. Como nada tenía que hacer en la posada, mientras se guisaba el pавo se fué á dar una vuelta por el pueblo á ver si encontraba al del pan ó al del vino y podía ayudarles en alguna cosa.

Al pasar por una panadería ve que entre las gentes que estaban comprando pan estaba su compañero, se acerca; en éstas pide su compañero tres

panes, el panadero se los da, el del pavo los coge y se marcha á escape con ellos á la posada y el que había pedido los panes da una media vuelta y se planta un parche en un ojo. Como no volvía la cara hacia el mostrador y ya hizo ademán de marcharse, le dijo el panadero: ¡eh! que no me ha pagao usted los panes. Entonces miró el estudiante al panadero y dijo como sorprendido: ¿qué dice usted? Y el panadero dijo: nada, nada, usted dispense; había creído que era usted un estudiante que acaba de comprarme tres panes y se ha marchao con ellos sin pagármelos. Pues fijese usted bien y no me tome usted á mí por el que se ha ido; y se marchó á la posada y ya encontró allí á sus dos compañeros.

El del vino había llevado nada menos que tres cuartillos en una gran jarra. Le preguntaron cómo se las había arreglado y, por lo que él contó y por lo que luego se corrió por el lugar, se supo que entró en una barbería que estaba junto á una taberna y dijo: de parte del tabernero que si me hace usted el favor de dejarme una jarra grande, que ya pasará él á que le saque usted una muela y la traerá. El barbero le dió una jarra y el estudiante entró en la taberna y dijo: de parte del barbero que me eche usted tres cuartillos de vino en esta jarra, que él está ahora muy ocupao y no puede pasar, que pase usted á la barbería de aquí á un rato y le pagará. El estudiante se fué á la posada con su vino. El tabernero, cuando bien le pareció, pasó á la barbería á ver si cobraba antes de que la deuda se hiciera vieja y, sin decir á qué iba ni á qué no, se sentó en una silla delante de un espejo. El barbero le dijo:

—Voy al momento, voy; lo que se ha de hacer tarde, luego.

—No, hombre, no corre tanta prisa.

—Vamos, que á nadie le gusta esperar cuando se encuentra en ese caso.

—¡Vaya una cosa! no es para tanto.

—No, si ya sé yo que ahora estará usted tan tranquilo; pero que si le dejara marcharse como ha venido, me pondría usted como un trapo y echaría usted pestes contra mí.

—Hombre, pues no parece sino que nos conocemos de esta mañana.

—Voy ahora mismo, voy, y no haga usted caso de lo que yo digo.

Coge las tenazas, va por detrás del tabernero como á traición, le abre la boca, se las mete, empieza á buscar la muela dolorida, el tabernero forcejeaba, quería hablar y no podía, el barbero y un ayudante suyo sujetaban al tabernero con todas sus fuerzas, el barbero todo era darle ánimo y decirle que no fuera cobarde, que se la sacaría en un Jesús, que dijera él mismo cuál era, no fuera que le sacara una por otra, que aunque ahora padeciera un poquillo después le daría las gracias, que no había cosa peor que el dolor de muelas y que no le diera vueltas á la cabeza, que mientras la muela estuviera en su sitio tendría el enemigo dentro del cuerpo. Por fin logró desasirse el tabernero y tuvo una agarrada con su vecino, diciéndole que no aguantaba burlas de nadie y menos de un barbero, que á él no le dolía muela ninguna y que había pasado por ver si le pagaba los tres cuartillos de vino; pero que ya no quería cobrarlos en dinero, sino en sangre barbera que le había de sacar á solas ó delante de testigos, como al barbero le diera la gana. Entonces

comprendió el barbero el engaño de que los dos habían sido víctimas, le contó al tabernero humildemente lo que le había sucedido con el estudiante y se reconciliaron, quedando tan amigos como eran y conformándose con perder el barbero la jarra y el tabernero el vino.

Los estudiantes comieron opíparamente, se pusieron de pavo como no se habían puesto nunca, y, con el pan que se comió cada uno y el vino que bebieron, sacaron la barriga de mal año y ya no pensaron más que en ir con la música á otra parte, y, por lo que pudiera suceder, lo antes posible.

Como se habían dado tan buen trato, la posadera los tomó por estudiantes de mucho dinero, así es que creyó que le pagarían muy bien. Le preguntaron cuánto debían y ella les dijo que entre el aceite, la lumbre, la sal, el trabajo de guisar y unas cosas y otras, importaba el gasto tres pesetas. Se echó uno mano al bolsillo sin rechistar y otro dijo: no, que pago yo; y el otro dijo: no lo consiento, hoy me toca á mí. Que pago yo; que no, que pago yo; ni uno ni otro, he de ser yo; y armaron una gresca que no se acababa nunca. La posadera decía: pero que pague cualquiera, entre amigos ¿qué más tiene? No, señora, decían los tres al mismo tiempo: yo, yo, yo. Pues lo mejor va á ser que paguen á escote, cada uno lo suyo, y así no hay cuestiones. ¡Eso nunca! dijeron los tres, y el del pavo dijo:

—¿Sabe usted lo que podemos hacer?

—¿Qué?

—Vendarle á usted los ojos y al que pille usted, aquél paga.

—¡Muy bien!—dijeron los otros dos y hasta la posadera aprobó el pensamiento.

Vendaron los ojos con un pañuelo á la pobre mujer, se divirtieron un rato con ella dando vueltas por la cocina, cuando bien les pareció tomaron las de Villadiego, la posadera iba á tientas con los brazos tan extendidos creyendo que ahora que estaban tan calladicos los estudiantes atraparía más fácilmente á alguno de ellos, y estando en éstas entró el marido, se quedó como mudo al ver que su mujer por fuerza se había vuelto loca, y ella llegó á topar con él, lo sujetó cuanto pudo y le dijo «tú pagas» y se quitó el pañuelo. El marido dijo: ¡ah, tonta! yo pago, yo; de seguro que ha habido estudiantes en la posada, cuando tanto te han engañao. La mujer, avergonzada, le contó lo que había sucedido y cuento contao por la chimenea se va al tejao.

Z.



La próxima epidemia de viruela en Zaragoza

(CONTINUACIÓN)

II

PROFILAXIS

Pensar que la viruela se atenúe ó se desvanezca espontáneamente es contar demasiado con la casualidad. Sus rigores pasados nos advierten de sus rigores futuros; no sólo no se atenúa, sino que, como habéis visto, el último decenio tiene casi cuatrocientas defunciones más que su antecesor. Hay necesidad de hacer algo que nos redima de tan gravoso tributo; algo rápido, barato, eficaz, de aplicación inmediata, y eso es lo que voy á exponer en sus líneas generales.

Juegan en la profilaxis de la viruela (como en la de las otras infecciones) tres elementos sociales: las autoridades, los médicos y el público; veamos, en síntesis, lo que á cada uno de ellos toca hacer para que Zaragoza pueda por fin respirar libre de esta plaga.

Autoridades. Los españoles hemos dado en la flor de achacar todas nuestras desdichas al Gobierno y, lógicamente, buscamos para remediarlas un parche gubernamental. Los higienistas andan tocados de la misma manía pensando, ilusos, que con una ley de vacunación y revacunación obligatorias se limpiaría España de viruela: dos veces en pocos años ha sido presentado el proyecto á las Córtes, y las dos ha naufragado entre nuestras vicisitudes políticas. Yo he sido de los que creyeron que una ley obligacionista resolvería el asunto, hasta que la experiencia me ha demostrado el error en que vivía. Si este proyecto fuera ley mañana ni las autoridades ni el público se enterarían de él. Ved si no lo que ha ocurrido con una recientísima R. O. declarando permanente la obligación de denunciar todo caso de enfermedad transmisible. ¿Qué médico la ha cumplido? Ninguno. ¿Qué autoridad la ha hecho cumplir? Ninguna.

Alemania tiene la ley obligacionista y no tiene viruelas, cierto; pero no porque tenga la ley, sino porque la observa; porque aquel pueblo, sujeto á

una disciplina social ultra-militar, tiene, á diferencia del nuestro, el hábito de la obediencia, y el que manda, el de ser obedecido. Si se nos diera esa ley, nadie se acordaba de ella al día siguiente; pero si, lo que no es de esperar, se insistía en su cumplimiento, veríamos transformada como por encanto en abierta hostilidad lo que ahora no es más que incuria, resistencia pasiva, y acabaríamos por derogarla, como ha hecho recientemente Inglaterra tras una experiencia de cuarenta años.

No es el gobierno, señores, quién ha de sacarnos de estos apuros; no es de Madrid de donde va á venirnos un remedio que, para baldón de España, necesitan allí todavía más que nosotros; es aquí: en casa, con nuestro Gobernador, nuestro Alcalde, nuestros Concejales, nuestra prensa, nuestros médicos, nuestro público y nuestros recursos, con lo que hemos de remediarnos. Nuestros abuelos ¿necesitaron, por ventura, el auxilio ageno ni agenas excitaciones para entrar gloriosamente en el siglo que acaba de fenecer? Oh no; solos; con el valor de su pecho y con el esfuerzo de su brazo detuvieron las legiones de aquel corso sanguinario que se llamó Napoleón I. Solos y con su sola sangre de héroes y de mártires sostuvieron una lucha épica y escribieron las más hermosas páginas de la historia de Zaragoza. También nosotros, solos, en los albores de este otro siglo, podemos oponer una valla infranqueable á ese otro enemigo, ni ménos ambicioso, ni ménos insaciable, ni ménos sanguinario, que se llama viruela. Nuestra obra no será tan ruidosa; ni la consignará la historia, ni la cantarán los poetas, ni la inmortalizarán los monumentos; pero nuestra obra, como obra de amor y de paz, merecerá algo que vale más, infinitamente más que el estruendoso aplauso de los hombres; merecerá la bendición de Dios.

Ahora, escuchad la tarea de cada uno: primero las autoridades.

Antes que nada, hace falta en Zaragoza la creación de un cuerpo técnico, de un médico y un practicante, por lo menos, consagrado aquél al conocimiento y satisfacción inmediata de las necesidades higiénicas de la población. Ni pido un Instituto de higiene urbana como el que ha reducido notablemente la mortalidad de Barcelona, según nota que debo á la amabilidad del Catedrático de esta Universidad señor Torrén, ni acepto como moneda de ley todo ese apolillado sistema actual cuya inutilidad es evidente. Hay que crear un cargo técnico, como dije en las columnas del *Heraldo* y como, con gran satisfacción mía, lo he visto preconizado luego por nuestro primer higienista, el Dr. Rodríguez Méndez.

El primer resultado de esta reforma será concretar la responsabilidad. Con nuestra presente organización el daño es evidente y, si anduviéramos en averiguaciones, el médico se disculparía con el subdelegado, éste con aquél, ambos con los padres, todos con la autoridad, la Junta de Sanidad con todos, el Gobernador con el Alcalde..... y nadie se entera de nada ni nadie acude al remedio de nada; resultado de todo esto, el abandono que lamentamos. Dad á un médico la misión de vigilar la salud pública y se acabó el desbarajuste. Importará poco que el Gobernador sea sustituido, que el Alcalde se desvanezca con el partido que le otorgó la vara, ni que el Ayunta-

miento se pase de flemático y descuidado: allí quedará vigilando nuestra salud, trabajando en beneficio de nuestro progresivo mejoramiento higiénico, confeccionando memorias anuales de morbi-mortalidad, redactando cartillas higiénicas para las escuelas, etc. etc. el médico higienista, que será sin duda el más beneficioso para la ciudad. Este es el elemento *sine quo non* para la defensa de Zaragoza.

Una segunda misión que á la autoridad compete es la de hacer cumplir lo ordenado repetidamente respecto á la denuncia de toda enfermedad contagiosa. Es imposible remediar un mal cuya existencia se desconoce, y esto ocurre en Zaragoza con la viruela hoy, con el sarrampión hace cuatro días y con todas las infecciones siempre; nada más fácil que corregir este defecto de información; con un expresivo oficio de la Alcaldía al presidente del Colegio de médicos está resuelto el asunto.

Otra tercera medida, que las autoridades han de apresurarse á llevar á la práctica (concretándonos ya á la profilaxis de la viruela) es la *vacunación en masa* y la *vacunación en detalle*.

Vacunación en masa. Dos veces al año en primavera y otoño; para eso la autoridad debe de organizar el servicio de vacunación por distritos. Este servicio, para ser fructuoso, reclama una propaganda previa. Unos centenares de bandos recordarían á millares de vecinos en un mismo día la conveniencia de la vacunación y la comodidad con que se les ofrece: la prensa de la localidad, siempre propicia á toda campaña benéfica, compartiría con tanto gusto como eficacia esta laudable tarea: los profesores de colegios municipales y privados, los dueños de fábricas y talleres, los de establecimientos públicos, todos, en suma, cuantos se hallan en relación con gran número de vecinos, deberán ser requeridos para difundir la buena doctrina; si á esto y á lo mucho que callamos se añadiera el que los agentes de la autoridad pasasen avisos á domicilio y hasta acompañasen al centro de vacunación á los habitantes del distrito correspondiente, el día ó días señalados para la vacunación en cada uno de ellos, en quince de trabajo en Mayo y otros tantos en Octubre quedarían vacunados, el primer año, casi todos los que no lo están, y al cabo de diez, se habría hecho costumbre y sin excitación ninguna se vacunaría todo el mundo.

Vacunación en detalle. Ya habéis visto que la viruela no sólo azota epidémicamente la población, sino que raro es el año que no picotea acá y allá haciendo alguna que otra defunción y que así en detalle, es como empiezan las epidemias: para aniquilarla del todo se impone una persecución tan perseverante como ella es; esto (aparte de la desinfección domiciliaria que sería excelente) exige la vacunación á domicilio.

Dado un caso de viruela en la ciudad, como ocurre en estos días y ocurrirá en los siguientes, el médico que le asiste da cuenta á la Alcaldía: el médico higienista acude allá y, entre otras cosas, vacuna á todos los que en la casa lo necesiten: el vulgo ignorante, ni aun acosado de cerca por la viruela, ni aun teniéndola en su mismo domicilio, en su misma familia si á mano viene, y quizás por esto mismo, va en busca de la vacuna; pero se deja ino-

cular, si la vacuna va á buscarle. Esto lo he practicado yo en diferentes ocasiones con personas desconocidas, entre las gentes, al parecer, más inabordables, quienes después de una pequeña resistencia á lo sumo, han acabado por quedarse vacunados y agradecidos: pues esto mismo toca hacer á ese personal técnico que reclamo, y cuando él no baste, en Zaragoza hay cientos de médicos y practicantes dispuestos á ayudarle en caso de necesidad.

¿Creéis que todo esto es difícil? No, no es difícil; es, por el contrario, muy sencillo: dadme un Alcalde que quiera acabar con la viruela, como dos populares zaragozanos quisieron acabar y acabaron con el hambre y la desnudez de los repatriados de Cuba y Filipinas, y os daré ganada la causa de la vacuna. Querer y querer de veras; con eso basta.

Este es el papel de las autoridades; veamos ahora el de los *médicos*.

La clase medica no necesitará grandes excitaciones para secundar lo que ella misma viene con insistencia reclamando; si nuestras autoridades saben algo del vergonzoso estado sanitario de Zaragoza, es por lo que uno y otro día venimos predicando algunos médicos; de modo que en lo que toca á *información* no hemos andado perezosos.

No existe, ó yo estoy muy equivocado, ciudad ninguna de España en donde se hayan publicado tan numerosos y completos trabajos de estadística demográfica como Zaragoza; y los que tendrá en lo venidero como sean de algun provecho. Desde el primero que yo conozco, el del Dr. Assiron, hasta el último, que es el de esta noche, más de una docena de estudios sanitarios se han publicado en el breve espacio de 16 años. En un punto andamos deficientes y es en el de dar parte de los casos de infección que asistimos; ayer fué el sarampión y hoy es la viruela la que queda desconocida por faltas de los médicos; pero sírvanos de disculpa (si alguna pueden tener en las agenas las faltas propias) el que sabemos de antemano lo inútil de nuestras denuncias: despierten las autoridades y ya verán como no se escapa un solo caso de viruela ni de otra enfermedad semejante.

GÓMEZ SALVO.

(Se continuará.)



España y la América española ⁽¹⁾

VII

ARIEL por *José Enrique Rodó*. Segunda edición. Prólogo de *Leopoldo Alas* (Clarín). Montevideo, 1900.

De todos los pueblos de la América española salen gritos de somatén contra la invasión que les amaga desde la tierra sajona del Norte. Ya son los Gobiernos quienes rehuyen la celada de congresos y conferencias pan-americanos organizados en la Casa Blanca de Washington; ya es el pueblo mismo quien, por instinto, detesta el yanqui como á un enemigo eterno; ya son los pensadores quienes dan la voz de alarma contra el César de trastienda y, por el modo de nuestro Alcalde de Móstoles, piden con urgencia el esfuerzo de todos para salvar, no solamente á la patria de cada cual, sino á la raza latina, tabernáculo de los grandes ideales.

Esta vez, la voz que suena es la de un joven crítico americano, profesor de Literatura en la primera Escuela del Uruguay; llámase José Enrique Rodó; está publicando, entre otras obras una colección de folletos titulada *La Vida Nueva*, y el tercero de ellos es *Ariel*.

Que hay bien y mal en este mundo nadie puede negarlo, aunque esta afirmación destruya la lógica convencional del positivismo, para quien el bien y el mal debieran, en rigor, ir englobados, con indiferencia, dentro del género común de los hechos. Naciendo el mal en la realidad, como rebelión de espíritus, trazó capítulos del *Génesis*. Cediendo al error pesimista en la filosofía, dió, por fermentación de doctrinas orientales, el maniqueísmo; en el alma genial de Shakespeare produjo una fábula hermosa: «La Tempestad», en donde *Ariel* y *Calibán* son encarnaciones respectivas del espíritu y de la materia. Calibán, el empuje bruto de la carne sensualista, es corregido y refrenado á la continua por Ariel, genio del aire, inteligencia, sentimiento, generosidad, espíritu, en suma, y ésto lo dice todo.

Aquella máquina escénica del maestro inglés, úsala Rodó para defender un teorema espiritualista del cual se derivan muchos corolarios de acerba crítica, y postulados gravísimos de conducta futura.

(1) En mi artículo anterior (capítulo iv) dije que *El Heraldo Español*, de Caracas, es órgano oficial de la legación de España en Venezuela; así lo leí en un periódico americano, y no dudé que fuese cierto: después he recibido una carta de don Manuel Leon y Sanchez, director de *El Heraldo* en la cual me habla, con pena, de que por allí han propagado maliciosamente esa misma idea. Conste, pues, que *El Heraldo Español* no es órgano oficial, ni oficioso tampoco de nuestra diplomacia en aquel país.

La tesis de Rodó es ésta: el mundo parece á manos del materialismo y de la democracia; es preciso vindicar los fueros del espíritu y los derechos de superioridad de los mejores. Esta idea es el alma del libro; lo demás de él son razonamientos, comentarios ó adornos que la demuestran y confirman.

La verdad es que, desde aquellos puritanos de la Revolución inglesa, quienes, desdeñosos de toda satisfacción del espíritu, mandaban segar los árboles que diesen flores, hasta nuestros días en los cuales el diosencillo cupón, el papelejo con cifras y fechas ha sustituido, con ventaja de baratura y agio, al mismo becerro de oro, la brutalidad de la materia, lo que en las relaciones sensoriales se llama apetito, en las económicas interés, en las internacionales imperialismo, han ganado terreno en una extensión alarmante. Los medios se han erigido monstruosamente en fines, y hoy vivimos sufriendo, por castigo, la concepción utilitaria como idea cardinal del destino humano «El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado sobre la cabeza del Maestro, es todavía,—dice Rodó—, una de las fórmulas del sentido común. «Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados á expulsar de la casa las golondrinas, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave ni con su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos ni es un peligro para la seguridad de los tejados.»

Principal culpable de tal estado social es el régimen democrático que ha venido fraguándose durante todo un siglo hasta lograr el imperio cuasi absoluto que hoy goza en el mayor número de las naciones. La fuerza ciega de las muchedumbres ahoga toda noción de calidad; sus hordas pacíficas, las hordas de la vulgaridad armada de mero y mixto imperio, son aquellas á quienes llama Morice «falanges de Proudhhombres feroces, quienes llevan por lema la palabra *mediocridad* y marchan animados por el odio á lo extraordinario». Su fórmula social es una democracia que conduzca á la consagración del pontífice «cualquiera» y á la coronación del rey «uno de tantos». La Titania de Shakespeare, besando la cabeza de un asno, podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor á los mediveres. Jamás por una conquista más fecunda podrá llegarse á un resultado más fatal.

¡Cuál sorpresa causa oír de un americano estas afirmaciones, verlas impresas en aquel país de Gobierno republicano y de amplios fueros de libertad política! Aquí, en esta Europa todavía clásica, tradicional y autoritaria, no nos atreveríamos á hablar así, porque están detrás los jacobinos para acogotarnos por blasfemos contra sus dioses, y porque las tendencias conservadoras destinadas para ser contrapeso del radicalismo, han desertado de su puesto, cobardes ó excépticas, dejando desmanteladas ó mal guarnecidas todas las derechas académicas y parlamentarias.

Aquí todavía la máscara del *kulturcampf* cubre al igualitarismo demodador, denunciado por el valiente uruguayano; todavía los nombres de civilización, ciencia, progreso, van pegados, más bien que escritos, en la bandera roja de nuestras demagogias, mejor que como programa como rehenes; al modo de foragidos que llevasen niños en los brazos porque no se atrevieran á llegar hasta ellos el ataque ni aun la defensa de los hombres de bien.

Pero en América los campos están bien deslindados: son el Norte y el Sur, sajones y latinos, materialistas y soñadores, la negación al arte y la contemplación admirativa de él, los trabajos continuos por el interés tangible, y aquellos nobles ocios de la meditación contemplativa señalados por Virgilio como un donativo de los dioses.

Los anglo sajones de América deben agradecer á Rodó el retrato que les hace; aquella aspiración—casi nunca pasa de tal—de la lógica judicial, al exámen de pruebas y alegatos sin odio y sin afecto, realizase en las treinta páginas dedicadas á la gran Federación del Norte. Lo desfavorable del balance no es culpa de quien ajustó las cuentas «Si es malo el original ¿qué culpa tiene el pincel?»

No es excepcional en Rodó esa independencia del criterio; hace otro tanto con la democracia; después de señalar sin compasión sus vicios y los daños que de ella emergen, no quiere destruirla como Renan con su aristarquía, como Nietzche con sus superhombres, como Emersón con su utopia del predominio de las minorías, como Costa con su instintiva tendencia á la hegemonía de los intelectuales. Rodó, enfrente de Renan, quiere que la democracia sea una igualdad esencial de medios, de la cual pueda surgir legítimamente la desigualdad de los resultados, por la natural y graduada diferencia de las facultades; en contra de la concepción monstruosa de Nietzche opone la ley de amor de la fraternidad cristiana; y solamente apunta el dictamen de Emerson como una paradoja atrevida y genial. A Costa no alude. Sería curioso el juicio de Rodó acerca de este abnegado y generoso déspota teórico, puritano rezagado á quien para ser Cronwell fáltale no más que el no-yo, el ambiente, las circunstancias, y le sobra también el alma de poeta.

Creo que he reseñado bastante el libro del profesor uruguayano: su tendencia, su programa, su espíritu, lo caracterizan por buen aliado de España; en Sud-América, más bien, en toda la América no-sajona, latinismo es hispanismo; quien combate la invasión del Norte trabaja por nuestro país, aun sin saberlo.

Aparte la doctrina, el libro merece plácemes; las obras eruditas y el mosaico necesitan riqueza de materiales, y genio y gusto que los organice; sin estas cualidades del artífice la erudición es un puesto de libros y el mosaico un montón de piedrezuelas. Rodó ha sabido hacer un estudio que pide horas de reflexión para cada página y aun así se lee sin fatiga, más bien con avidez; tal es de ameno y bien trazado.

Aparte la doctrina, he dicho, porque mi aplauso no me haga solidario de las herejías que el libro contiene—hablo según mi sentir, sin pretensiones de definidor;—pero, aun así, no dejan de serme gratos el autor y buena parte de su obra, hay que dar tiempo á la natural evolución de las ideas: todos los pueblos que comienzan á sentirse cultos creen hacer una hombrada declarándose materialistas; adelantan más en la ciencia y, al notarse esclavos del viejo error con el cual no pueden explicarse la noción de causa, se hacen panteístas; ganan más ideas, puntualizan otras, y se ven forzados al deísmo; de aquí á la ortodoxia cristiana ya quedan pocos pasos.

Entre el panteísmo y el deísmo fluctúa *Ariel*, pero yo espero que Rodó andará todos los pasos que le faltan, y no son tantos; ya se nota en su obra el sentido cristiano, aunque no como alimento para confortar sino como perfume para dar agrado y atractivo. Paciencia; todo llegará y lo común es que llegue por pasos, como he dicho, no por saltos. El rayo de Saulo es una rara excepción.

De todos modos reciba mi saludo de colega, mi gratitud de español, mi abrazo de latino.

J. MONEVA Y PUYOL,
Profesor en la Universidad de Zaragoza.

BIBLIOGRAFÍA

Paella aragonesa, por Sixto Celorrio. Prólogo de Eusebio Blasco.—Un vol. de 140 páginas en 8.º. Una peseta.

Tome quien quiera mi opinión por pedantería. Yo veo en el libro de Celorrio un síntoma social gravísimo y gratisimo, pues no delata enfermedad sino salud; así como las naciones, conforme aumentan en cultura, van entrando en la comunidad internacional, así las poblaciones secundarias van entrando, por motivos análogos, en el concierto de las inteligencias. Como los productos naturales y fabriles, necesitan los hombres y los hechos humanos tener mercados abiertos, cuantos más mejor; mercados para la riqueza material en dónde ésta se negocie; para las ideas y los afectos, otros mercados que no consistan en comprar ni vender sino en conocer y en apreciar.

Yo suelo explicar en cátedra muchos fenómenos históricos por la falta de comunicaciones; si hubiese habido telégrafo en los tiempos de Aníbal, Roma no hubiera llorado cuatro derrotas; con carreteras y ferrocarriles la Edad Media no hubiera sufrido la tiranía subalterna de los feudales. A contrario sensu, la carretera, los ferrocarriles, los telégrafos, los teléfonos y la prensa, encerrando cada día más grupos sociales en un mismo circuito de viva y constante comunicación, han dado á poblaciones antes insignificantes un puesto en el concierto de la cultura, con derecho de acrecer en las conquistas de la idea y en las de la prosperidad material.

Así ha sucedido con Calatayud. Es esta ciudad el rincón más hermoso de la tierra aragonesa: «rincón por rincón, Calatayud de Aragón», dicen, de antiguo, en España; y hay motivo justo para decirlo. Solamente le faltaban comunicaciones; en estos últimos años las ha ganado en gran proporción; punto medio del ferrocarril de Madrid á Zaragoza y, recientemente, cabeza del Central aragonés, es ya hoy un centro de población cuya importancia crece rápidamente cada día.

Cuando uno de estos pueblos entra, por medio de las comunicaciones, en el circuito de los otros más adelantados; no es él quién primero habla, le hablan otros á él por medio de la prensa, de la correspondencia particular, de los negocios.....; y quienes lo han visitado hablan como de cosa nueva de lo que han visto allí; por el primer modo, ese pueblo, antes aislado, se hace á la vida de los otros; por el segundo vá logrando fama entre ellos.

Así robusteciéndose, llega un día á igualar, cuando menos, con lo que recibe, lo que puede dar, y, entonces, ese pueblo irradia hacia los demás sus manifestaciones espontáneas y refleja las que le han venido de afuera: es á la vez foco y reflector. En esta situación se encuentra ya Calatayud; el libro de Celorrio lo demuestra.

Es este libro una colección de poesías festivas cuyos resortes cómicos son, principalmente, dos; rasgos típicos del país y equívocos ingeniosos. Aquello, claro está que sale de la tierra; ésto es una pelota que devolvemos á Madrid.

El equívoco está siendo desde hace mucho tiempo, la manifestación más usual del ingenio literario de nuestro país: estilos conozco yo basados en eso no más, y el público suele coronarlos de triunfo. El equívoco requiere una especial educación y gimnasia del ingenio. Celorrio ya sabe hacer esa gimnasia, y Celorrio, para mí, no es en esta ocasión un caso aislado; es el tipo ideal común de los bilbilitanos.

En el otro aspecto vemos la ninguna ganancia de aptitudes: un pueblo que sabe retratarse á sí propio no es ya un embrión social, es un núcleo fuerte y graduable entre los mejores para la obra solidaria de la vida.

Y ésto lo tiene también el libro de Celorrio; en muchas partes de él maneja el equívoco y discreta con él, por la misma traza del apredizaje que recibió; en la literatura efímera de los periódicos diarios y de las revistas ilustradas, llegó á Calatayud, y hoy en Calatayud saben hacer ya estos juegos del ingenio; el libro de Celorrio dá de ello la primera señal.

Por el mismo arte, ya no es el visitante quién vá á sorprender esa intimidad de la vida local, esas notas peculiares del hablar y del sentir de los bilbilitanos; ellos mismos son quienes nos lo cuentan con exactitud de cronistas, aun á costa de deformar el castellano con modismos y mutilaciones antigramaticales, no por donaire ni ventaja sobre el buen decir, sino para dar exactitud al retrato de las figuras vivas de la tierra.

Saludo, pues, al libro de Celorrio como á una aurora de la vida intelectual de Calatayud, cuyo rápido crecimiento vemos todos con alegría. Yo bien sé que las primeras hojas de un acero forjadas por los espaderos toledanos, no fueron, ciertamente, aquellas *del perrillo*, las cuales hicieron famosa la industria de armas de la imperial ciudad, ni las obras del Renacimiento comenzaron por la custodia de Juan de Arfe. Espero de Celorrio más y mejores obras que no su actual juguete literario; más y mejores trabajos, suyos y de otros, animarán y harán patente la vida intelectual de Calatayud; pero la modesta *Paella aragonesa*, cuyo comentario estoy trazando, demás de probar que su autor es hombre de buen ingenio, sabe observar, y versifica correcta y fácilmente, será siempre la primera piedra arrancada del terruño nativo para demostrar que la cantera es excelente, y colocada en el futuro monumento de la literatura y del arte bilbilitanos.

Colección elzevir ilustrada.—Tomos en 8.º prolongado.—Gili librero. Barcelona.

Vol. XXII.—*M. Morera y Galicia.*—DE MI VIÑA.—Poesías.—Ilustraciones de B. Gili.—175 pág.—MCM I. 2 pesetas.

Morera y Galicia tiene ganada, de tiempo atrás, fama de buen poeta: ya la denunció el rígido Valbuena prologándole el primer tomo de *Poesías*, y quienes lo leyeron hubieron de confesar que aquel autor, hasta entonces cuasi desconocido, más aún que una esperanza, era ya una realidad para las buenas letras españolas.

Su nuevo libro, trazado en la soledad de su finca de Pontóns, excede al primero: en él puede hallarse todo un programa de *Estética*, bien definido en la prosa que le sirve de prólogo, y cumplido con rigor en todas las poesías.

Hay en todas ellas ideas profundas y sentimientos nobles, bajo una versificación correcta y sonora. *El clown Pitt*, *La Gusana*, *Epitalamio*, *¿Dónde estás?*, *Confesión*, *Astros arriba* son preciosos poemas, llenos de novedad en la exposición, y de atractivos en todo su contenido y en su forma literaria. *Mi viña*, *Puesta de sol* y *Campe-sina*, son bonitas descripciones, también muy sentidas. *El ex-voto*, *El pastor de la Majarra* y *Mater dolorosa* son tres elegías de nuestras desdichadas guerras antillanas.

Es, en suma, un libro que merece ser leído.

Vol. XXIII.—Juan Alcover—*Metéoros*.—Poemas, apólogos y cuentos (Ilustraciones de J. Torres), 249 págs.—MCMII—2.50 pesetas.

El autor de estas poesías es un balear de buena estirpe literaria: piensa y siente bien, es cultísimo y ha visto mucho.

En sus poesías predomina la tendencia colorista, pero aventaja á los más caracterizados de ella en que sus poesías no son mero efectismo; tienen fondo de ideas transcendentales; es un poeta filósofo y además sabe describir y versificar bien.

La nota general de los poemas de Alcover es una tristeza resignada y suave: no llega á ser pesimista porque ninguna de sus composiciones cierra el camino á la esperanza, pero tampoco es alegre nunca, ni ménos festivo; más bien que *Metéoros* ha podido titular su libro *Meditaciones* y casi, como el Rey Sabio de Castilla, *Querellas*.

Hallamos en el libro de Alcover, como lo más sobresaliente de él, diez hermosísimas composiciones: la *Madona*, *Noche de reyes*, la *Gárgola*, *Sed*, *Nocturno*, *Contemplación*, *Inercia*, *Dos amigos*, *El Nido* y *Travesía*. Son preciosas ideas con muy buena forma poética.

Como eruditas se distinguen,—además de *Sed*—*Vanguardia*, *Lálage*, muy clásicas, y otra titulada *Beethoven*.

Las demás poesías del libro no desmerecen de las ya citadas, aun cuando, por impresión subjetiva, señalamos éstas como mejores.

MICER JUAN EL ZAGUER.

Problemas vitales. La enseñanza en España. Folleto primero: La reforma de Instrucción pública, por Raimundo Carbonel.—Barcelona, 1901.

Por lo visto el Sr. Carbonel se propone escribir y publicar una serie de folletos tratando de importantes problemas de actualidad. Ninguno aventaja en interés al de la educación de nuestra juventud, motivo del presente. Si en nuestra

REVISTA tuviéramos espacio para ocuparnos ampliamente en estas cuestiones, con gusto y simpatía daríamos cuenta de su contenido.

Con alto sentido patriótico el autor se subleva contra las recientes disposiciones del Ministro de Instrucción pública, con las cuales lejos de reconstituir la enseñanza nacional, se tiende á extinguir toda iniciativa privada, atento únicamente á favorecer la enseñanza del Estado; láméntase el Sr. Carbonel de la confusión ó laberinto que se va formando con el cúmulo de ordenes varias y contradictorias de los ministros, de la flagrante derogación ministerial de las leyes constitucionales que consagran la libertad de enseñanza; truena contra las extemporáneas precipitaciones que conculcan los derechos de los que á la sombra de un régimen comen- zaron los estudios; pone en evidencia algunas majaderías, como aquella del 5 por 100 de los sobresalientes; y aboga por que vuelva á los padres de familia el derecho de instruir y educar á los hijos, como su celo é interés paternal les dicte, demostrando que en estos graves asuntos se hace todo lo necesario para no tener la piedra de toque de la experiencia, que con la inestabilidad actual es imposible.

¡Animo! y adelante contra toda tendencia que mate estímulos é iniciativas en nación donde tan preciso es tenerlos abiertos y favorecerlas.

Narraciones tortosinas, páginas de Historia y Biografía por D. Federico Pastor y Lluís con una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Felips Pedrell.—Tortosa. 1901.

En esta obra se patentiza claramente lo justo y merecido de las distinciones con que han honrado al autor los más prestigiosos centros de cultura de Barcelona y Valencia. En forma suelta, con cierto gusto literario y sobre todo como producto de minuciosa observación y gran cariño por las cosas de su tierra, el Sr. Pastor nos da un cuadro, de la vida pasada y presente de Tortosa, muy agradable: monumentos que ahora se conservan, escenas que ocurrieron, hombres que han enaltecido el nombre de su patria, todo se ofrece á la atención del que lee su libro en artículos á monografías cortas, de bastante amena lectura.

Felicitamos á Tortosa, por el monumento que el Sr. Pastor le ha erigido en su modesta obra.

Revista de Bibliografía catalana. Auy primer, 1901 Barcelona.

El Sr. Massó Torrents, ventajosamente conocido por sus trabajos bibliográficos, ha emprendido la publicación de esta Revista. Ayudado por el Sr. Miret y Sans y otros distinguidos literatos catalanes, se propone hacer inventario de todo lo que se publique en catalán y de lo que atañendo á su región se escriba en cualquier lengua. También incluirá todo lo que se relacione con el libro catalán: catálogos de bibliotecas; bibliografía sobre puntos determinados, de geografía, lengua, historia ó literatura; colecciones de marcas de impresores, grabados; documentos curiosos etc.

Por este primer volumen se puede ya vislumbrar el interés que la Revista ha de ofrecer. No tendrá periodicidad fija su publicación; pero cada año formará un volumen de 250 páginas por lo menos.